

# LO KAFKIANO, LO BERLANGUIANO, LO LORQUIANO, LO DALINIANO EN UNA CIERTA IDEA DE ESPAÑA

RAFAEL RUBIO MERINO

---

Dibujante, escritor, jurista

**E**n muchos momentos de nuestra vida hemos explicado lo que nos pasa con unos adjetivos que aluden a grandes artistas universales. Quién no ha usado alguna vez el término *kafkiano* o *berlanguiano* o *lorquiano* o *daliniano* para referirse a este o aquel asunto o situación. De hecho, estos adjetivos se han incorporado al diccionario de la Real Academia de la Lengua, gracias a su uso continuo y continuado, tanto desde los ámbitos de la escritura como lo más coloquial. Y estos adjetivos me valen, como idea preliminar, para explicar también España, pero desde la óptica o el prisma que la vería Frank Kafka, Luis García Berlanga, Federico García Lorca o Salvador Dalí. Largo me lo fiáis, amigo Sancho. Estos adjetivos positivos, calificativos, explicativos y tan artísticos como rotundos se presentan solos o en compañía de otros. Para unificar criterios, he buceado en el *mar de redes* para dotar de arquitectura a esta idea: LO KAFKIANO, BERLANGUIANO, LORQUIANO, DALINIANO EN UNA CIERTA IDEA DE ESPAÑA. Ahora que lo pienso, el mar de redes, que es internet, es en sí mismo un oxímoron. Hablar del mar, que es el paradigma de la libertad, lo profundo, lo bello, lo grandioso junto a la red, que es ese instrumento que nos sirve para atrapar, pescar, cazar y retener, en definitiva. Pero también es un entramado de cuerdas y nudos que va conectando uno y otro cabo. La red enlaza, enreda y cautiva, pero también conecta, libera y enriquece, todo ello con millones de hilos rojos imaginarios y nudos en una metáfora perfecta que explica lo que

es internet, lo adecuado que es, esa locución sustantiva con la palabra red y lo singular, si lo piensas, que es una expresión como ‘navegar por la red’. En siglo XXI la humanidad (el *homo sapiens-sapiens*, versión 2.0) ha consentido que la vida sea dual. Y no digo conseguido, porque la mano negra o mano invisible de Adam Smith, ya se encarga de conseguir todo aquello que huele a negocio, y por extensión, a dinero. Una es la real, la que está en la calle, en el campo, en el bar y otra es la virtual lo que nos dan las redes sociales, la *omni scientia*, cualidad proverbial que antes solo se atribuía a Dios y que ahora comparte con Internet. Pero a lo que iba, que me pierdo. Uno puede tener la soberbia de querer explicar España, otra vez, como han hecho otros más sabios y mejor preparados que yo, pero la soberbia es un pecado capital muy español. Ya lo decía nuestro paisano Donoso Cortés, en su “Carta a Luis Veuillot”: “*si alguna vez os vienen ganas de salir de la Europa moral sin pasar empero las fronteras de la Europa geográfica, venid a España. ¡Oh, Dios mío! Dicen que los reyes se van, pero eso no es verdad; aquí tenemos a vuestras órdenes y a las de todos en general quince millones de reyes*”. Ya en época actual, también hay cuarenta y siete millones de seleccionadores nacionales de fútbol también hay otros tantos de epidemiólogos y cómo no, de grandes conocedores de lo que entendemos como España. Libros hay y habrá por miles, que expliquen la anatomía, la radiografía, la geografía y la escatología de este nuestro país. Con un territorio en los suburbios de Europa, como decía Ortega y Gasset, de privilegiada posición frente al sol, pero escaqueada de las trágicas guerras centroeuropeas. España como país no fue hasta los Reyes Católicos, o más bien con sus herederos. Antes fue una sucesión de tribus hasta que se convirtió en una provincia romana más y de ahí siglos de medievo y reconquista, fronterizo y guerrero hasta que llegó a convertirse el mayor y más iluminado imperio (recuerden en estas católicas tierras, hubo un tiempo en que “no se ponía el sol”, o *témpera o mores...*) temido por unos y odiado por otros para caer en la más kafkiana, berlanguiana, lorquiana y daliniana caterva de magnates, mangantes, pudientes y penitentes paisanos, capaces de las más grandes gestas y de las más profundas de las miserias. Todo en una espiral imposible de hechos y deshechos tan gloriosos como trágicos giros históricos. Desde los tiempos de Atapuerca hasta llegar a la televisión basura, que es un tremendo fenómeno sociológico que vive por y gracias a las audiencias, de tal modo que un país en público proclama su amor a la cultura y en privado, asiste con devoción al ejercicio tan hispano como anti-guio de ponerse verde perejil y despellejar al prójimo, como si eso nos sirviera de algo. España es el paraíso de los sociólogos. Un día escuché que las grandes potencias del siglo XIX respiraron aliviados cuando se enteraron de que el presidente del gobierno español, Antonio Cánovas del Castillo, desechó, en una decisión tan kafkiana como daliniana, el programa de investigación del submarino de Isaac Peral. Un arma absolutamente desequilibrante en la era pre-aviación que podía haber significado un paso al frente en el control y poderío naval de la época. El bueno de Isaac, a pesar de la frustración se negó a vender su patente a otros Estados, a sabiendas que era poner de rodillas, aún más, a su querida España ante los incipientes imperialismos europeos. Parafraseando a De Gaulle, tener ‘cierta idea’ de España es tan osado como sencillo, tan ingenuo como complejo. O mejor de las dos Españas, como destacó en su magnífico ensayo el historiador Santos Juliá, “*Historia de las dos Españas*”, 2015 de Editorial Taurus. Acostumbrados a estudiar

en el colegio la Historia de España, si profundizas un pelín resulta que hay dos y, lo que es más interesante, una no se entiende sin la otra. Y si ya es difícil entender una, como para entender dos. Es como la canción de Antonio Machín: *“cómo se pueden querer dos mujeres a la vez y no estar loco”* ... El devenir de esta mítica nave, se configura desde que España es España, que no es otra cosa que una especie de colcha de *patchwork* de intereses y caracteres, de tribus y personalidades, de personas y territorios, de anhelos y realidades con la lorquiana forma de piel de toro y la berlanguiana puesta en escena de un larguísimo plano secuencia de una clase política, que a lo largo de los tiempos cambia de actores pero no de personajes, que coge lo mejor de cada casa para llevar a este país a derroteros claramente kafkianos y dalinianos, es decir, fatalistas y surrealistas. En mi opinión, una de las mejores maneras de acercarse a la historia de España, para el que quiera eso, ‘acercarse’, es leer la genial *‘Historia de Aquí’* del malogrado Antonio Fraguas ‘Forges’ que, en mis años mozos, fui coleccionando en fascículos semanales y que es una sátira clarividente en donde lo kafkiano, berlanguiano, lorquiano y daliniano que forman los mimbres patrios se proyecta con crudeza, sátira y humor a veces negro, a veces costumbrista, no exento de ácida autocrítica. Ese humor tan, tan nuestro. Un observador avezado se dará cuenta que todas las páginas del libro de Historia de España se cosen como un dilema, como un conflicto diacrítico y binomial entre rojos y azules, monárquicos y republicanos, independentistas y constitucionalistas, madrileños y barceloneses, norteños y sureños, béticos y sevillistas, conservadores y progresistas, colchoneros y vikingos, urbanitas y ruralistas y así hasta el infinito y más allá...

Pero España es una suerte de casa rural. Por mucho que tengamos muebles de Gaudí, fotos de la Puerta del Sol, imanes en la nevera de la Giralda, la Costa del Sol, las Fallas, cuadros con el perro del Guggenheim o de Santiago Apóstol, azulejos de Castellón y láminas de Velázquez, Goya o Antonio López. Sí, sí, bonitos ornamentos, pero es una casa rural. Cuando sales de la zona de confort, te encuentras con campo, mucho campo, tanto campo que duele mirar al horizonte y nos falta aire de tanto aire puro y enseguida nos volvemos para dentro. El campo español es virginal, conventual, sepulcral, poco virtual y de belleza sin igual. Es reservorio de faunas y floras, escenario de una Naturaleza complaciente, que ha hecho de esta tierra el Paraíso, los Campos Elíseos, el Parnaso, el Walhalla y la Utopía de Tomás Moro. Pero, y eso es muy español, no lo vemos porque es obvio, y lo obvio no se ve. Eso me recuerda el microcuento de David Foster Wallace referido a un pez viejo que se cruza con dos peces jóvenes les saluda y les pregunta ¿cómo está el agua? Los peces jóvenes siguen navegando y al cabo de un rato, uno le pregunta al otro: oye ¿qué es el agua? Siguiendo a Noelia Pena, acuño de su obra “El Agua que falta”, Editorial Caballo de Troya, la expresión *“elegir cómo pensar”*. *“Pensar tiene que ver con esa realidad obvia, con discutir el sentido común constituido para construir uno nuevo, uno desde el cual redefinir lo que parece obvio —y que por su obviedad apenas nombramos”*. La innombrable España para unos, la inconmensurable España, para otros.

Existe un concepto muy actual que refleja lo que digo. Ahora se habla de la ‘España vacía’ pero como hay dos Españas, también se habla de la ‘España vaciada’. Sutilezas del lenguaje, pero pareciendo lo mismo, no es lo mismo. La España vacía, usando este adjetivo

implica que la parte de España que conocemos como mundo rural, tiene partes con cierta profundidad demográfica, poco y muy concreta, pero hay otras partes inmensas en las que, cito textualmente a la RAE, “*no tiene gente o tiene muy poca*”. Pero si usamos el participio del verbo vaciar, es decir ‘vaciada’, a modo de adjetivo, el concepto cambia porque vaciar es ‘*dejar vacío algo, es decir hacer que algo no contenga nada*’ y por tanto ‘vaciada’ es, deviene, de la “acción de vaciar”. Y no es lo mismo vacío que vaciado. Lo primero me lo encuentro, pasivamente y lo segundo hago cosas, activamente, para que esté así. Las dos Españas, otra vez. Desde la república independiente de mi casa, pienso que no tengo ni idea de lo que tendría que decir, pero desde mi punto de vista personal, la España que no tiene personas o muy pocas, es la “España vaciada” condenada a lo largo de los siglos a vivir con localismos industriales de burguesías influyentes amparados con centralismos políticos excluyentes. Excluyentes de la España agrícola y mesetera, claro, no la otra, la industrial y costera. Los anhelos independentistas actuales de ciertos territorios no son más que filtraciones históricas de un embudo económico que absorbía mano de obra, recursos y proteccionismos privilegiantes a favor de unos, que alcanzaron la riqueza a costa de otros, que a su vez alcanzaron la pobreza a costa de sí mismos. Ya saben lo que se decía “*a un pobre no se le pide opinión*”, no lo olvidemos. Pero también hay otro concepto al hilo del anterior que se ha introducido para aclarar el tema: “la España despoblada” que tomo prestado del libro homónimo del periodista Manuel Campo Vidal, y que presenta como una aproximación más concreta al problema de lo que se pueda entender por España vacía o vaciada, porque es un término que alude a las personas y supera los sesgos ideológicos-políticos de los adjetivos vacío o vaciado.

Y esta casa rural la regentan cuatro insignes intelectuales de la cultura universal. Kafka, Berlanga, Lorca y Dalí. Ya hemos lanzado algún apunte, pero lo explico con detalle, y para ello es necesario poner pie en pared, conocer un poco a nuestros inspirados gerentes y en qué influyen en esta nuestra casa rural, que es España.

## LO KAFKIANO

Franz Kafka (Praga, Imperio Austro-húngaro 1883 – Kierling, Austria, 1924) fue un escritor checo en lengua alemana. Curiosamente escribió para sí mismo, no publicó sus principales obras en vida y fue gracias a Max Brod que lo conocemos. Amigo y albacea, incumplió las mandas de su testamento, que ordenaba destruir todos sus manuscritos. Un amigo traidor nos dio la oportunidad de conocer un genial juntaletras. El bueno de Max pensó que la humanidad no podía perderse el genio de Kafka y procedió a su publicación. Actualmente, Kafka, es considerado como uno de los principales escritores de la literatura universal del siglo XX y de todos los tiempos. Sus narraciones son parábolas absolutamente perturbadoras y de gran fuerza simbólica. Sus protagonistas son seres anónimos a los que les pasan cosas extraordinarias dentro de un aparente mundo ordinario, burocrático, reglado e inamovible. Lo interesante de los personajes de Kafka no es lo que les pasa, sino cómo se enfrentan a lo que les pasa. Para el lector es una pesadilla perturbadora, opresiva, pero en situaciones fácilmente reconocibles y

cercanas. El ser humano contemporáneo, esa clase media silente que se levanta, trabaja, come y duerme sin más objetivo que el día siguiente sea igual que el anterior y no tener más preocupación que cumplir con lo que se le manda. Funcionarios y oficinistas son los antihéroes kafkianos. Pero ¿qué es lo que hace que algo sea kafkiano? Para la RAE es un término que se define para describir situaciones absurdas o angustiosas. Si se profundiza un poco, se suele usar para explicar situaciones complicadas, pero que se han complicado de forma innecesaria o por unas experiencias frustrantes, dentro de una aventura que poco tiene que ver con el laberinto del Minotauro, sino más bien con el laberinto de las administraciones. Hoy en día, enfrentarse a un procedimiento administrativo es una prueba que no superaría ni el mismísimo Hércules, y solo para los que demuestren una paciencia, una capacidad de asombro y una irreductible tenacidad que les lleva a superar una y otra vez situaciones absurdas. Por ejemplo, tengo que pedir una subvención para sufragar parte del coste de una vacuna carísima. El sistema tiene un decreto en que explica cuál es el procedimiento. A la solicitud (hasta aquí bien, el sistema no tiene por qué saber quién va a pedir dicha subvención que es, no lo olvidemos, un derecho, pero de ejercicio voluntario) hay que acompañarla por el informe médico, la receta sellada por la inspección médica y la factura de la vacuna y resulta que todos esos documentos ya los tienen, ya que el mismo sistema que concede la ayuda es el mismo que emite, bastante y sella esos documentos... En los relatos de Kafka, kafkiano se refería a muchas situaciones absurdas o angustiosas dentro del propio mundo del escritor, que no olvidemos fue un oscuro oficinista en una compañía de seguros. Y eso son sus personajes, oficinistas, como ahora lo somos muchos, no lo olvidemos, atrapados en una selva de obstáculos administrativos que las soluciones que proponen son tan ilógicas que llevan al protagonista a una inevitable reducción al absurdo y por ende a un fracaso cantado de antemano. Pero es esa reacción del personaje lo que llama la atención.

Ocurre algo parecido con Amadeo, el personaje de Pepe Isbert, que se presenta en la película “El verdugo” (1963) de Luis García Berlanga, como un funcionario más, con sus cuitas de funcionario. Me lo imagino ojeando el BOE, cuadrando las vacaciones, contando los “moscosos” que le quedan, los beneficios sociales que le corresponden y dando consejos a su yerno de algo tan español como eso de que “te engañarán en el sueldo, pero no en el trabajo”. Pero eso también, además de kafkiano, es berlanguiano que luego veremos. También es curioso que el escritor Mariano José de Larra ya hiciera una versión muy kafkiana sobre la burocracia celtibérica en su artículo en El Pobrecito Hablador, “Vuelva Vd. mañana”, publicado nada más y nada menos que en 1833. Casi cien años antes que Kafka inspirara su propio adjetivo. La maquinaria administrativa en el actual siglo es aún más compleja, es como una tremenda tela de araña en la que es imposible escapar y una vez que caemos en el centro, solo hay que esperar que la araña-burocracia nos devore en una digestión lenta y despiadada, mientras pensamos qué papel es el que nos falta... Pero por obra y gracia del ser humano, la naturaleza no tiene nada que ver, como repite una y otra vez Enrique Pérez Romero en sus clarividentes columnas de opinión: “*la economía* (al igual que la burocracia, añado yo) *es un invento humano, y como tal susceptible de todos los cambios que se quiera*”.

Para quedarnos con lo actual, una serie televisiva, refleja con acertadísima precisión, lo que es lo kafkiano en la historia de España: “El Ministerio del Tiempo” de Pablo y Javier Olivares. Una serie de ficción que juega con los viajes en el tiempo a través de un conglomerado de puertas, para impedir que los episodios históricos que conocemos no sean alterados por imponderables sobrevenidos y que se organizan a través de ¡un ministerio!, cómo no. En dicho ministerio hay formularios administrativos, muchos funcionarios (algunos viajeros del tiempo, no olvidemos) que se quejan de los turnos, o de las vacaciones, o se cogen días de asuntos propios, miran el BOE, acumulan trienios... más kafkiano que esto... Pero también, como veremos después, berlanguiano, por la aproximación popular y coral a la *grande* historia a través de la intrahistoria o la historia anónima de los funcionarios del ministerio en las distintas épocas; y lorquiano, de hecho Lorca es un personaje recurrente en este ir y venir a lo largo de la historia; y por supuesto daliniano, más surrealista que el personaje de Velázquez, un funcionario más, haciendo retratos robots de sospechosos o el propio leitmotiv de la torsión espacio-temporal a través de las puertas, es una idea que entronca con los relojes blandos y los cajones dalinianos...

Lo kafkiano, en España, actualmente está en todos los órdenes de la vida. En este bienio pandémico, de mascarillas, distanciamiento social y toques de queda, un instrumento se ha convertido en un poderoso aliado muy del momento tan kafkiano que vivimos: el Decreto. Esa norma legislativa, que emana del poder ejecutivo, con el fin de simplificar las cosas y que no es más que una orden ejecutiva que traslada de forma directa y sin intermediarios lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer en estos tiempos de pandemia saltándose los controles del poder legislativo, las cortes y los parlamentos autonómicos. Decía el político terrateniente de entresiglos, Alvaro de Figueroa y Torres, el inefable Conde de Romanones, que fue primer ministro y en varias ocasiones, ministro “*dejad que ellos hagan las leyes que yo haré el reglamento*” y qué gran razón tenía el señorito...

En tiempos de pandemia, descubrimos que la lista de los Derechos Fundamentales que aparecen en el Título I de la vigente Constitución, no es una lista horizontal, en la que todos importan tanto como el que está al lado. A nadie se le ocurre dudar que el primer y principal derecho es el *Derecho a la Vida* (art. 15 CE), que tiene su primo hermano que es la *Salud Pública* (art. 43.1 CE) y luego lo demás. Una pandemia, establece una prelación, un orden de prioridades en el que importa y mucho establecer qué es lo importante y qué es lo urgente, que como en un eje de coordenadas se puede establecer que lo primero y principal, es la Salud. Sin salud, no hay personas, sin personas no hay economía, que como ya se ha dicho por aquí, es un invento humano. El ser humano, es un invento de la naturaleza. Y la naturaleza, es como la banca de los casinos, y si hay que jugar con ella (el cambio climático, las crisis pandémicas, la sostenibilidad...) no tengan ninguna duda que la Naturaleza, la banca, siempre gana. Y lo que es más inquietante, nunca perdona. Por tanto, el derecho a la Libertad (ART. 17 CE) solo lo es, si hay vida, si hay salud y si no la hay no hay libertad o hay que sacrificar ésta en favor de aquella (art. 116 CE). Nunca la Constitución fue tan invocada, pero es que era necesario. Es lo único que amparaba jurídicamente todo lo que ha supuesto las consecuencias del confinamiento y las restricciones en aras de la no propagación de la pandemia. Está claro que

la democracia no es un derecho natural inalienable, está en constante peligro, y exige continuos esfuerzos para que no desaparezca. Aunque vivamos una escena kafkiana todos los días, con una población enmascarada, sin contacto físico y corriendo a casa a guardar el toque de queda, que recuerda otros tiempos bélicos.

## LO BERLANGUIANO

Luis García Berlanga (Valencia, 1921 – Madrid 2010) fue un grande entre los grandes cineastas españoles que trabajó, sacudiéndose la casposidad del régimen franquista, autoritario y retrógrado. El cual había instaurado un sistema kafkiano de censura en el incipiente séptimo arte, para mayor gloria del movimiento nacional, la salvaguarda de los valores de la santa cruzada y que no se colara ningún *rojo* suelto que estropeará la foto. Berlanga, fue mucho más pragmático que ideólogo, al contrario que Bardem, incapaz de renunciar a sus pensamientos escarlatas y así le fue a uno y a otro, claro. Era un régimen de hombres grises fumando puro, para poder subsistir, como en “Momo” de Michael Ende, pero qué es este relato sino una revisión kafkiana de la sociedad contemporánea. Los recuerdos de la época franquista son siempre en blanco y negro. Es curioso. Es como si el NO-DO se hubiese instalado en el imaginario colectivo y, para las personas de cierta edad, recordar al Madrid de los sesenta o a las figuras del toreo de entonces se vean desde una óptica llena de grises. Como el momento. Como las películas españolas del momento. *Calle Mayor, Bienvenido Mister Marshall, El pisito, Esa pareja feliz, El verdugo, Plácido, Calabuch...* muchas, pero todas en blanco y negro. El color se quedaba para las comedias aparentemente intrascendentes (digo aparentemente porque la carga social que destilan algunas, entre risas y secuencias hilarantes, es digno de estudio desde la antropología social y política) en las que destacan Toni Leblanc, Alfredo Landa, José Luis Ozores, Gracita Morales, Rafaela Aparicio... y demás cómicos, grandísimos e inimitables.

El sentido tragicómico de la existencia, la imposibilidad de ser feliz en un entorno mezquino, una profunda desconfianza hacia el poder, el desamparo y la incomunicación que asolan al individuo en una sociedad hostil, una cierta ambigüedad que, para el director que decía que eso precisamente, la ambigüedad *“quizá sea el concepto que mejor explique mi vida y mi cine”*, el carácter coral de la historia, el cariño en el tratamiento de los personajes secundarios o la masiva presencia del plano-secuencia como eficaz motor de su discurso narrativo. Sus temas favoritos siempre fueron la mujer, la pareja, la soledad y sus formas, el esperpento —figura literaria tan bien traída por otro genio de las letras, Ramón María del Valle Inclán—, lo barroco, la composición coral de la historia en una clara inclinación por un cine de clara vocación popular, despreciado por los intelectuales de su generación cuyas bases elitistas se plasmaron en las Conversaciones de Salamanca de 1955.

Pero ¿qué es lo berlanguiano? El actor Juanjo Puigcorbé, en el periódico Las Provincias, lo expone con acierto: “Dícese de la situación coral aparentemente caótica o esperpéntica donde los caracteres muestran o ponen en evidencia su monstruosidad sin categoría moral, pero de una forma vitalista”. La RAE incorporó el adjetivo y lo definió

así: *perteneciente o relativo a Luis García Berlanga, cineasta español, o su obra. También que tiene rasgos característicos de la obra de Luis García Berlanga.* Creo que la definición de Puigcorbé es la más ‘berlanguiana’ desde luego. Berlanga hizo una serie de películas, una trilogía en realidad, *La Escopeta nacional*, *Patrimonio nacional* y *Nacional III* que explica los entresijos de eso tan español propio de las clases pudientes: trapichear, medrar, escamotear, timar, enchufar y que décadas después sigue intacto con tantos y tantos casos de corrupción política, que parece que no haya cambiado nada en este país.

## LO LORQUIANO

Federico García Lorca (Fuente Vaqueros, 1898, Víznar 1936) es para mí el más grande poeta y dramaturgo de las letras españolas, y uno de los grandes de la literatura universal. Fiel exponente de la Generación del 27, supone un auténtico movimiento renovador de la literatura española, que no había vivido un momento así desde el Siglo de Oro. De hecho, el nombre de esta generación tiene origen en el homenaje a Luis de Góngora, en su tercer centenario. A pesar de contar con grandes poetas, incluido el premio Nobel Vicente Aleixandre, ninguno ha tenido la relevancia internacional e intemporal de Lorca. En la universidad hizo amistad con el prestigioso compositor Manuel de Falla, quien ejerció una gran influencia en él, transmitiéndole su amor por el folclore y lo popular. En 1919 se instaló en la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde conoció a autores ya consagrados como Juan Ramón Jiménez y trabó amistad con poetas de su generación y artistas como el pintor catalán Salvador Dalí y el futuro cineasta Luis Buñuel. Formalmente, logró un lenguaje personal, inconfundible, cuya clave es la profunda asimilación por parte del poeta de los elementos y formas populares y su combinación con audaces metáforas y con una estilización propia de las exigencias de la «poesía pura». Con *Poeta en Nueva York* (publicado póstumamente en 1940), un canto angustiante, con ecos de denuncia social, contra la civilización urbana y mecanizada. Las formas tradicionales y populares de sus anteriores poemarios dejan paso en esta obra a visiones apocalípticas, hechas de imágenes ilógicas y oníricas que entroncan con la corriente surrealista francesa, aunque siempre dentro de la personal poética de Lorca. También es uno de los grandes autores del teatro español, si no el más grande. En sus años finales, triste decir esto de un ‘joven’ treintañero, son tres grandes dramas rurales los que constituyen la cima de su producción y sitúan a Lorca entre los grandes dramaturgos europeos del periodo: *Bodas de Sangre* (1933), *Yerma* (1934) y *La casa de Bernarda Alba* (1936). Erigidas en piezas ineludibles del repertorio contemporáneo, todas ellas siguen siendo constantemente representadas en escenarios de todo el mundo. En su evolución, la trayectoria de Lorca se parece a la de sus compañeros de generación (de la poesía pura y la experimentación vanguardista a la rehumanización y el compromiso social), e incluso la plena asimilación de lo popular. No obstante, tras la aparente variedad de géneros y estilos, la obra de Federico García Lorca presenta una marcada unidad temática. Tanto en el yo poético del *Libro de poemas* como en los personajes de su *Romancero gitano* o en los protagonistas de las grandes tragedias de su madurez (*Yer-*



*ma, Bodas de Sangre y La casa de Bernarda Alba*), las ansias vitales se ven abocadas a una frustración causada por fuerzas hostiles, las cuales pueden mantenerse en un ámbito telúrico, simbolizando acaso las limitaciones inherentes a la condición humana, o bien objetivarse en un medio social que, lo mismo si es tradicional o tecnificado, acaba destruyendo toda tentativa de autorrealización. Su prematura muerte a los treinta y ocho años no hizo sino truncar un flujo de creaciones que en *La casa de Bernarda Alba* rozaba ya la perfección. Lo lorquiano tiene que ver con toda la simbología de su obra, esos símbolos que no son más que reflejo de un paisaje, de un ser, ese españolito de Machado que a vivir empieza y que una de las dos Españas le helará el corazón, único e inigualable, capaz de lo mejor (como la inspirada vida de Lorca) y lo peor (como la ignominiosa muerte de Lorca). Así los metales, son sinónimo de mal presagio, están en las navajas que provocan tragedias. La tierra, que es la madre que es capaz de dar vida y cuidar los muertos. El agua y la sangre que nutre a los campos y al cuerpo y es vida y fertilidad. Los colores, como el rosa que es esperanza, el rojo es muerte, amarillo tragedia y mal presagio, el blanco como rito funerario. La luna, tan lorquiana, tan hispana, tan romántica, tan apasionadamente trágica, que es la feminidad, la sensualidad, el erotismo, el deseo, la lujuria, pero también, como no, la muerte. El pozo, ese agujero sin salida donde la pasión ya no tiene lugar. El caballo, la virilidad, la pasión y la muerte. El gallo, símbolo de sacrificio y destrucción. La guardia civil, la autoridad que coarta. El espejo, es el hogar, la vida sedentaria, donde día a día refleja los cambios de los que no cambian nada. Las sábanas, las que bordan las hijas de Bernarda Alba, que más que coser sábanas se cosen ellas mismas a la casa, a la tradición, a la oscuridad de un cautiverio de unas rejas invisibles, pero muy visibles. El perro, como anunciador de muerte, pero también de la lealtad. La oveja, como objeto de sacrificio religioso.

Me resulta difícil visualizar a Lorca, una persona mágica, proverbialmente dotado para la lírica y la belleza de las palabras, para mayor gloria de la lengua española, en estos tiempos, de esta atribulada pandemia. Me imagino a una persona encerrada en sí misma, allá en los campos de su Granada divina, navegando por mares interiores de lunas y espejos, rodeado de animales de granja. En estos años convulsos, nos hace falta un Federico García Lorca que convierta la historia de la intrahistoria, de todos y cada uno, seres anónimos vulnerables, que vivimos en esta tierra de agua, sangre, lunas, animales y colores, en la más sentida de las poesías en la más clarividente de las obras. La España más artística es la España más lorquiana.

## LO DALINIANO

Salvador Dalí i Domènech (Figueres, Gerona, 1904 - 1989). Si bien parte del inmenso prestigio y popularidad de que gozó ya en vida se debió a sus estrafalarias e impostadas excentricidades, Salvador Dalí acertó a insuflar nueva vida al surrealismo europeo hasta convertirse en su más conocido representante; sus confusas ideas estéticas (el llamado método paranoico-crítico) fueron mucho menos decisivas que sus impactantes

composiciones, a las que trasladó con magistral precisión técnica un personalísimo universo onírico y simbólico, tan nítido y luminoso como profundamente inquietante y perturbador. Salvador Dalí nació en una madrugada de la primavera de 1904 en el seno de una familia burguesa, hijo de un notario *bienpensante* y de una sensible dama aficionada a los pájaros. Muchos años más tarde escribiría en su autobiografía *La vida secreta de Salvador Dalí* (1942): “*A los tres años quería ser cocinero. A los cinco quería ser Napoleón. Mi ambición no ha hecho más que crecer y ahora es la de llegar a ser Salvador Dalí y nada más. Por otra parte, esto es muy difícil, ya que, a medida que me acerco a Salvador Dalí, él se aleja de mí*”. Puesto que la persecución sería incesante y el objetivo no habría de alcanzarse nunca, y dado que en ningún recodo de su biografía estaba previsto que hallara el equilibrio y la paz, Dalí decidió ser excesivo en todo, interpretar numerosos personajes y sublimar su angustia en una pluralidad de delirios humorísticos y sórdidos. Se definió a sí mismo como “perverso polimorfo, rezagado y anarquizante”, o “blando, débil y repulsivo”, aunque para conquistar esta laboriosa imagen publicitaria antes hubo de salvar algunas pruebas iniciáticas. Sus símbolos tienen origen en sus vivencias y son ellas, precisamente, las que han hecho de su arte el referente primario del surrealismo. Sus bigotes, son mezcla de dos grandes influencias, Josep Margarit y Diego Velázquez. El primero un político catalán del que Dalí admiraba su porte de rudeza, intelecto y habilidad y de Velázquez su sensibilidad y enigmático dominio de la luz y el claroscuro. Los relojes, presentados como quesos fundidos, una metáfora sobre la preocupación humana por la falta de tiempo en lugar de vivirlo y disfrutarlo. Igual que un queso Camembert, que se derrite sin resistencia cuando se le sube la temperatura así el tiempo se derrite en los lapsos de la vida. La muerte, un tema muy del surrealismo, Dalí la representa a través de las hormigas, que aparecen para comerse un cuerpo inerte. Las muletas, como apoyo, pero también ancla de la realidad. Hay algo vivo tras lo onírico. Elefantes de largas patas representan el futuro que va cargado de algo o de alguien con poder, pero al tener patas delgadas y largas es más difícil de llevar a cuestas. Los cajones, abiertos y cerrados como símbolos de la sexualidad femenina oculta. Un cajón entreabierto enfatiza el secreto y que no tiene miedo a ser desvelado, incluida su condición sexual, intencionalmente ambigua. Las cabezas humanas, son la conexión de lo surrealista con las teorías freudianas del psicoanálisis, así como el caracol, que comparaba con una cabeza: lenta, dura y blanda en el interior, manipulable como énfasis del psicoanálisis. El huevo hace referencia al amor y a la esperanza en la vida, aunque hay algo más. Es la representación de él mismo y cómo se sentía dentro del vientre de su madre ya que su nombre era el de su hermano mayor fallecido a los cinco años. Siempre pensó que debía diferenciarse del ‘otro’ Salvador Dalí, sería único a través de la representación de una persona sustancial, frágil y pura y vaya si lo consiguió. La mantis religiosa, es la representación de la mujer fatal (la mantis se come al macho tras copular) y también del acoso y la crítica hacia él, que proyectó en un miedo a la vida y a cada detalle de ella, que está ahí también.

Siempre he pensado que la corriente artística que mejor se adapta a lo español es el surrealismo. Sin duda, la historia de España es la historia de un devenir por el mundo de un pueblo que siempre ha puesto en solfa todo lo que le ha dado grandeza. El imperio

español fue creado por la ambición de unos soberanos que impulsaron y alimentaron un espíritu indomable allende los mares aunque luego, otros soberanos herederos de aquellos, se dedicaron a dilapidar todo lo conseguido. No se trata de ser nostálgico de un imperialismo secular que aportó no pocas jornadas de infamia a la historia universal, pero también jornadas de gloria. Esa bipolaridad como nación, nos lleva nuevamente a la surrealista convivencia de las dos Españas ya comentada. Que perdura hoy, con una pátina que parece que no se quitará al menos hasta dentro de unas pocas generaciones. Es surrealista que aún tengamos tan presente los desencuentros de la Guerra Civil, sin que se hayan habilitado aún vías para una verdadera y efectiva reconciliación. Un golpe de estado fracasado dio pie a una de las contiendas más tremendas del siglo XX, de hermanos contra hermanos, en cuya victoria no hubo ni un ápice de conmiseración y se alcanzaron las más altas cotas de venganza, represión y humillación. Los aliados ganaron la Segunda Guerra Mundial y al poco tiempo estaban dedicando cantidades ingentes de dinero y recursos para reconstruir Alemania para convertirla en lo que es ahora. España que no se metió con nadie, fue ninguneada, claro. Pero en los cincuenta, el viejo imperio se convirtió a su vez en colonia americana.

Estos cuatro genios curiosamente, quitando al cineasta que es de una generación posterior, vivieron los mismos tiempos en su juventud. Sus vidas han inspirado a tantos y tantos que, como decimos, se han convertido en adjetivos de la lengua castellana ¿cabe mayor honor? Y han provocado las más bellas loas que se hayan hecho del arte, pero dejando una impronta a base de emoción, toque de atención, sentimiento y sobre todo poner el foco en lo que es sin duda la obra maestra de la madre Naturaleza: el ser humano. Un espécimen débil pero dotado de inteligencia, cualidad que históricamente se ha dedicado a emplear tanto para el bien como para el mal, seguramente más intensamente para esta segunda causa. Curiosamente todo lo *kafkiano*, lo *berlanguiano*, lo *lorquiano* y lo *daliniano* tiene un punto en común, es que beben de las fuentes del surrealismo, ese mar interior del inconsciente que lleva a ver muertes, vidas, tiempos, esperanzas, en lunas, insectos, sueños y relojes derretidos. Lo que es España en la contemporaneidad, sin ir más lejos. Aún la veo como un antiguo imperio, pero con un territorio fantasma que hace tiempo es de otros, que conserva la soberbia de lo que fue, varado como una ballena en la playa con muchos curiosos mirando, seguramente criticando y sobre todo pensando, cómo van a hacer para aprovecharse de esa ballena. Pero si me apuran, por muy español que parezca, no es muy distinto a como son el común de los europeos. Y si no vean el cuadro del neerlandés Hendrick Van Anthonissen “*Vista de la playa de Scheveningen*” (1640) que les invito a revisar, la versión restaurada, claro, preclara metáfora de lo que es, ha sido y será el ser humano, de este u otro confín.

## LO ADMITO

España ha sido una excusa para hablar de mis admirados Kafka, Berlanga, Lorca y Dalí, y pido disculpas. Pero España se ha utilizado tantas veces como pretexto para los más altos y los más ruines de los fines que en mi caso, es un juego de niños... Ahí me

quedo con la frase manuscrita de Napoleón que, según internet, puso al final de un ejemplar del libro *El príncipe* de Maquiavelo: “*el fin justifica los medios*” que comulga con una frase muy actual, tan interesante como inquietante que escuché a un arzobispo: “*mejor pedir perdón que pedir permiso*”, frase atribuida a Grace Hopper, una oficial estadounidense, según también internet, claro. Hablando de arzobispos, recuerdo a los que se saltaron el protocolo de vacunación y pusieron las más dispares excusas. El poder de Dios en la tierra, ese que persiguió a la ciencia durante siglos de brujerías y herejías varias, saltándose todos los protocolos administrativos para inocularse la vacuna, ese prodigio de la ciencia... ¿Hay algo más berlanguiano que eso? *This is Spain, my friends*, o mejor, *Spain is different*.

En definitiva, las dos Españas, a las que les cuadran por igual los cuatro adjetivos comentados arriba, ahora siguen de espaldas, pero algún día se darán la vuelta y se dirán: *qué necesidad había...*

## FUENTES

Ruiza, M., Fernández, T. y Tamaro, E. (2004). En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*. Barcelona (España). <https://www.biografiasyvidas.com>.

Alejandro Gamero, ¿Qué hace que algo sea «kafkiano»? <https://Lapiedradesisifo.com>.

¿Qué significa berlanguiano? La web de LAS PROVINCIAS. <https://clicktime.symantec.com/3PiPViREP37o8hSsdiuQqEN6H2?u=www.lasprovincias.es>

Los símbolos lorquianos. <https://clicktime.symantec.com/3TLQK6yg7pzN4RdLmzxCDvN6H2?u=https%3A%2F%2Fwww.actualidadliteratura.com%2Fbreve-analisis-de-los-simbolos-lorquianos%2F>

La simbología de Dalí. [www.culturacolectiva.com/dali](http://www.culturacolectiva.com/dali)

## LIBROS RECOMENDADOS

*Las dos Españas*. Santos Juliá.

*El español y los siete pecados capitales*. Fernando Díaz-Plaja.

*Manual de historia política y social de España*. Miguel Martorell y Santos Juliá.

*Préterito imperfecto*. Nieves Concostrina.

*La España despoblada*. Manuel Campo Vidal.